

# EL JAGUAR AZUL



MARTÍN RAMOS DÍAZ

ILUSTRACIONES / ANDRÉS SÁNCHEZ DE TAGLE

# EL JAGUAR AZUL



# EL JAGUAR AZUL



MARTÍN RAMOS DÍAZ  
ILUSTRACIONES / ANDRÉS SÁNCHEZ DE TAGLE



**GOBERNADORA CONSTITUCIONAL DEL ESTADO DE YUCATÁN**  
Ivonne Ortega Pacheco

**INSTITUTO DE CULTURA DE YUCATÁN**  
Director General  
Renán Guillermo González

Subdirector General de Literatura y Promoción Editorial  
Jorge Cortés Ancona

**CONSEJO EDITORIAL DEL INSTITUTO DE CULTURA DE YUCATÁN**  
Roldán Peniche Barrera (presidente), Jorge Cortés Ancona, Ena Evia Ricalde, Rita Castro Gamboa, Celia Pedrero Cerón, Paulo M. Sánchez Novelo, Feliciano Sánchez Chan, Jorge Canto Alcocer, Juan Esteban Chávez Trava, Virginia Carrillo Rodríguez, Mitsuo Teyer Mercado y Gaspar Gómez Chacón

Jefe del Departamento de Promoción Editorial del ICY  
Andrés Silva Piotrowsky

Corrección  
Agustín Abreu Cornelio

1a. edición, 2010  
D.R. © Martín Ramos Díaz  
D.R. © Andrés Sánchez de Tagle (por las ilustraciones)  
D.R. © Instituto de Cultura de Yucatán  
D.R. © Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

ISBN 968-607-9017-00-2

Instituto de Cultura de Yucatán  
Calle 86 (Av. Itzaes) No. 501 C x 59 y 65  
Col. Centro, C.P. 97000  
Mérida, Yuc.

Diseño, formación y cuidado editorial: Alfa/Zeta  
Florencia 226, Col. Italia, CP 77035  
Chetumal, Q. R.  
zet.alfa@gmail.com

Hecho en México

*Para María José, luminosa como los querubines*

## ÍNDICE

---

Papel y tinta	11
Los bufeos de la bahía	15
Madera tintórea	16
Caoba y madera dura	19
<b>El jaguar azul</b>	<b>21</b>
Vestigio del diluvio	23
Pluma de ave y pluma metálica	26
Bacalar	27
El preceptor y las beatas	30
Mal sueño	31
Pluma de cuervo charlatán	35
Ojos de vidrio por docena	37
El mosco y el elefante	40
Martino mareado	42
Lección de caligrafía	43
Letra española, letra inglesa	45
Un tal Andrés Quintana Roo	48







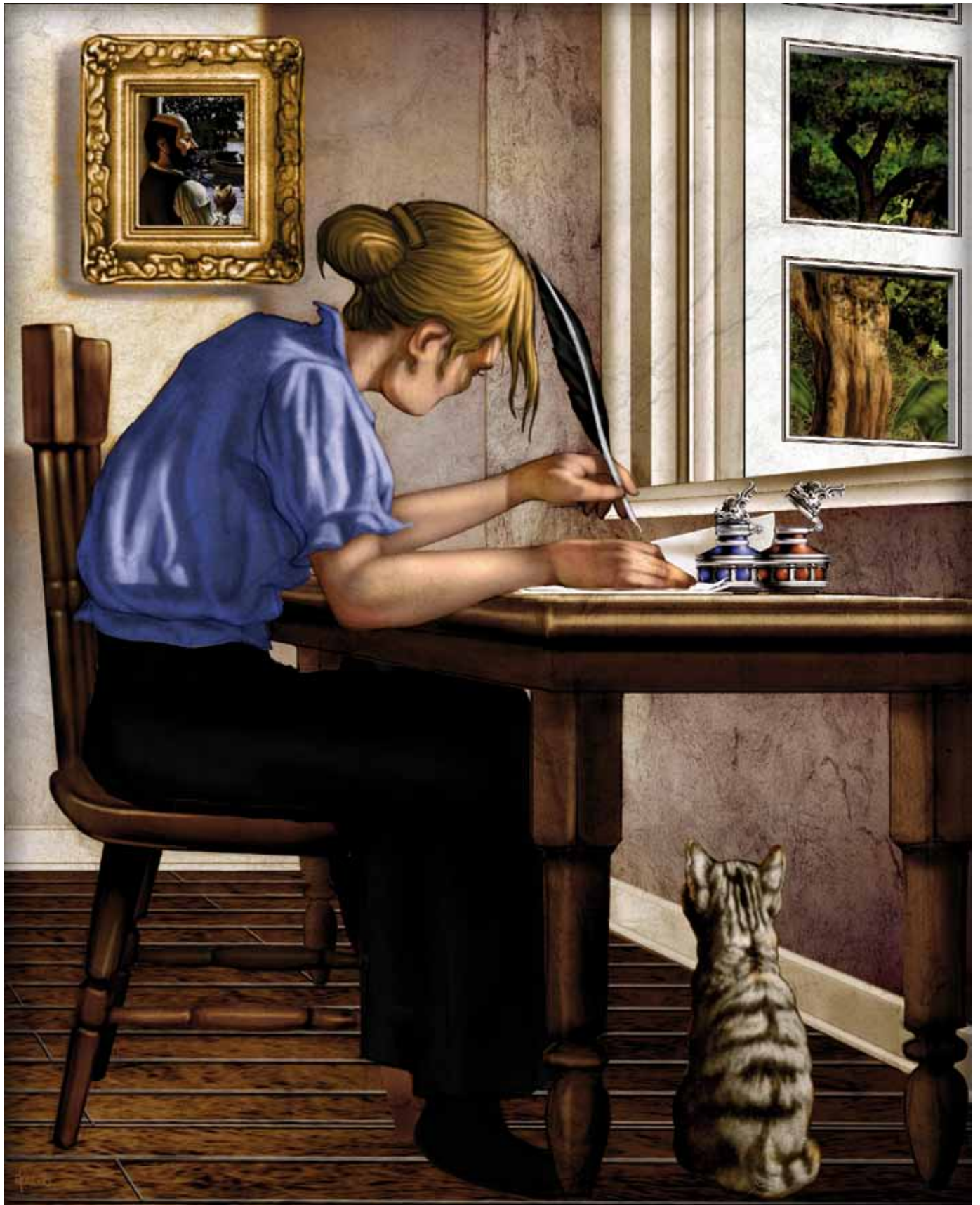
# Papel y tinta

El año en que don Miguel Hidalgo y Costilla derogó el uso de *papel sellado*, mi padre dejó de comprar *papel cartulina*, que sirve para fabricar naipes, y *papel de arroz*, que se usa para envolver tabaco. En toda la Provincia de los Confines, hasta la Nueva Guatemala, hubo escasez de papel. Únicamente mi abuela guarda en un cajón grande los últimos pliegos de cartulina sobre los que dibuja sotas, reinas y bastos. Sólo ella dispone de unos pocos rollos de papel de arroz para liar tabaco, el cual compran los viajeros que pasan por mi aldea, cuando van camino a Belice o cuando vienen de regreso de la colonia inglesa.

Para las tareas escolares de caligrafía no me permiten usar los pliegos de papel de primera, comprados en el puerto de Campeche: el *papel florete*, el *papel medio florete* son tan blancos y perfectos que no necesitan frotarse con piedra ágata para quitar asperezas y ondulaciones. El papel de segunda sobre el que escribo mis tareas está lleno de imperfecciones. Antes de cortar el papel en octavos y coserlos para formar cuadernos, aliso una y otra vez cada pliego con la piedra ágata que el explorador Macías trajo de las Californias. De no hacerlo, de no planchar el papel previamente, los trazos de la caligrafía se distorsionan en el cuaderno, porque la tinta se desvía por las minúsculas hendiduras y grumos del papel común.

Las tintas de colores que se consiguen en los comercios de Mérida, las tintas áureas y plateadas que mi madre guarda bajo llave en diferentes frasquitos en su armario, tampoco debo usarlas. En la mesa de escribir, he visto cómo sobre el papel florete de primera resplandecen las tintas de oro y plata con que se trazan las *letras capitales* de los documentos importantes. Aun en el papel de medio florete no pierden belleza las tintas púrpuras, verdes y azules que se usan para ilustrar mapas, aves y flora.



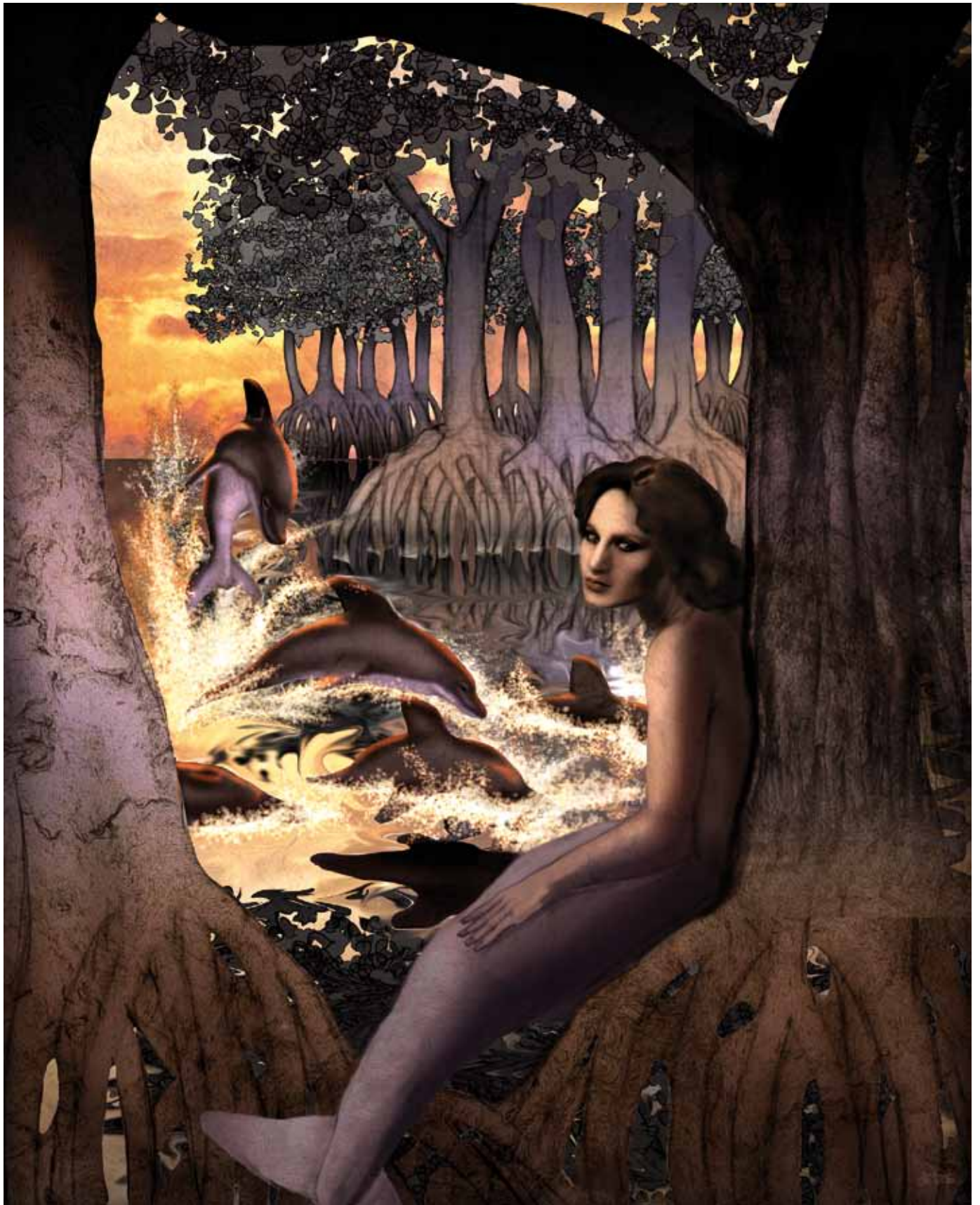


Mi madre tiene una caligrafía hermosa y complicada, sus trazos se parecen más a los intrincados dibujos de un paisaje de mangle en la costa que a las líneas de escritura de mi *Cuaderno de caligrafía*. Ella aprendió los trazos de la letra española cuando estudió en Guatemala, en una escuela de religiosas. En cambio mi padre, quien aprendió a leer y escribir en Belice, posee una sobria caligrafía inglesa de libros de contabilidad.

Para hacer sumas y listas de deudores en el comercio de mi padre, nunca se usa papel florete. Se usa el papel gris de estraza y a veces, en plena selva, mi padre escribe sobre el papel de arroz con que hace sus cigarros. El mérito de papá no es la caligrafía, es la aritmética. Le basta conocer la talla de los capullos de algodón en los campos de cultivo para determinar la cantidad exacta de mantas que se pueden tejer con una cosecha. Con sólo mirar el tamaño de las nubes durante la época de las lluvias, él puede calcular los centímetros que subirá el nivel del agua en las ciénagas del cocodrilo dorado, en las sabanas del camino viejo a Guatemala y en la Laguna de Bacalar.

Viajar de Bacalar a la Nueva Guatemala, con un ejército de mulas cargadas de mercancías, depende de que los pantanos sean vadeables y de que estén secas las sabanas en los pequeños valles de la selva. Las lagunas rebosantes de agua y las ciénagas con demasiados cocodrilos son el peor obstáculo para las mulas.





## *Los bufeos de la bahía*



**L**os bufeos anticipan la lluvia. Son delfines oscuros que aparecen en la boca del Río Hondo poco antes de las tempestades. Vienen a comer ostras de mangle. Nadan en manada río arriba, pasan cerca de los campamentos de los taladores ingleses, saltan ansiosos por encima de los quebrados y llegan a la Laguna de Bacalar, justo cuando las ostras abundan entre las raíces del mangle rojo. De todas las clases de mangle que crecen en la laguna –prieto, cenizo, bobo, blanco–, las ostras eligen afianzarse únicamente a los zancos del mangle rojo. Es el mismo mangle que se utiliza para fabricar licor. Las ostras crecen tan grandes como el puño de un hombre. Molido y quemado, el caparazón de ostra de mangle rojo aleja a los mosquitos de las hamacas y sana la piel de los sarnosos.

Entre vaso y vaso de licor de mangle rojo, los pescadores suelen contar historias de bufeos. Dicen que los bufeos no permiten que nadie se ahogue durante el crepúsculo. Los hombres que tienen la desgracia de caer por descuido en alguno de los remolinos del río, o de ser llevados bahía adentro por la silenciosa corriente de agua, súbitamente son empujados a la orilla por un bufeo, si es el atardecer. Y es entonces cuando el vientre de los bufeos reverbera con el sol de la tarde mientras saltan y empujan hacia la orilla al hombre que están salvando. Dicen los pescadores que en los solitarios recodos del Río Hondo los bufeos se convierten en hermosas mujeres mulatas. Aconsejan desconfiar de las hembras bellas que aparecen de la nada cerca del río. Si ellas tienen una cicatriz disimulada entre el pelo, en la coronilla de su cabeza, la mujer es bufeo. Al transformarse en seductoras mulatas, los delfines de río no pueden ocultar el hueco que usan para respirar.

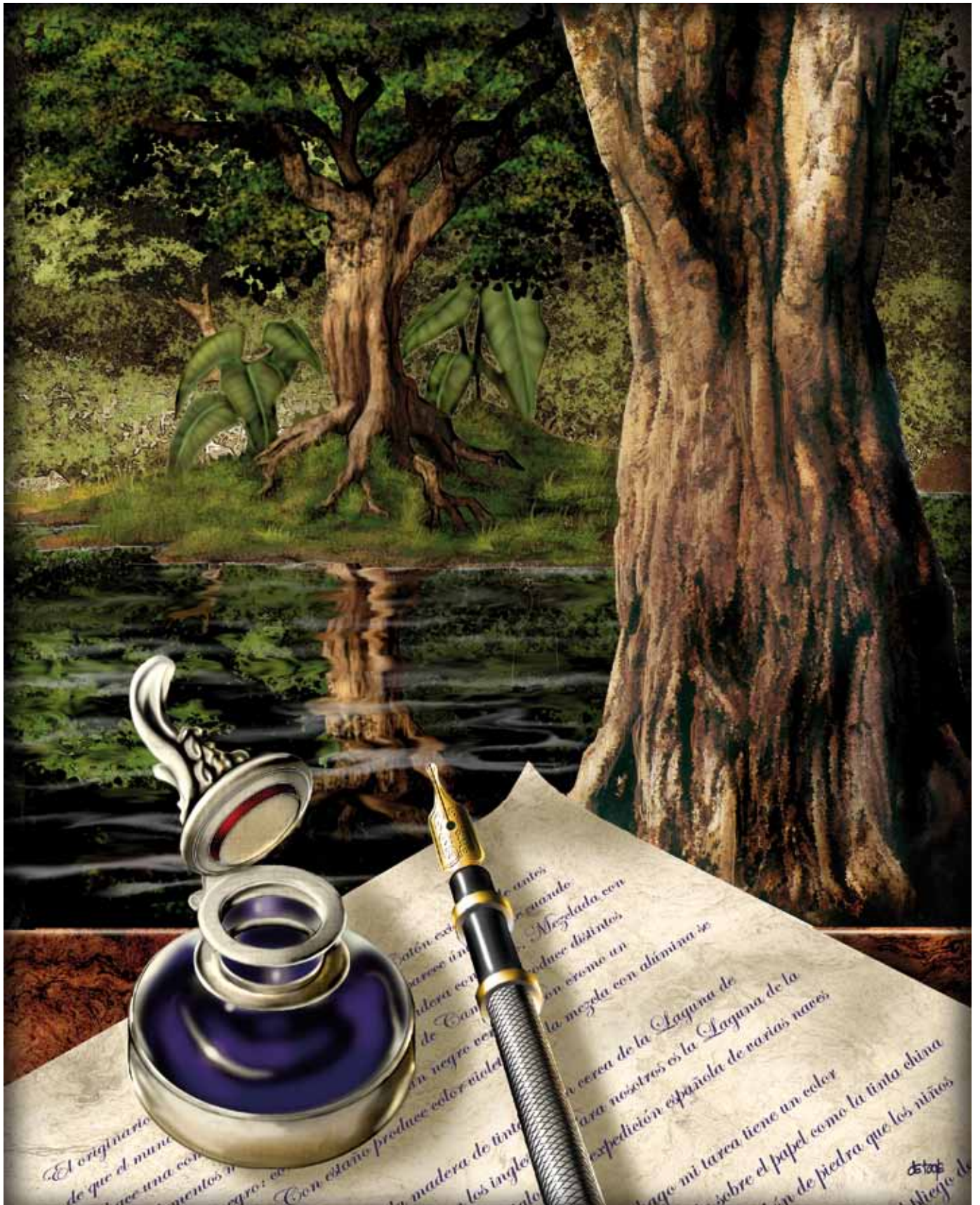
Después de la época de lluvias, a las embarcaciones de la Laguna de Bacalar les basta remar un poco para encontrar la corriente que lleva al Río Hondo. Y así, junto con los bufeos que retornan, hartos de ostras, los barcos de mi aldea se deslizan hasta la bahía de Chetumal.

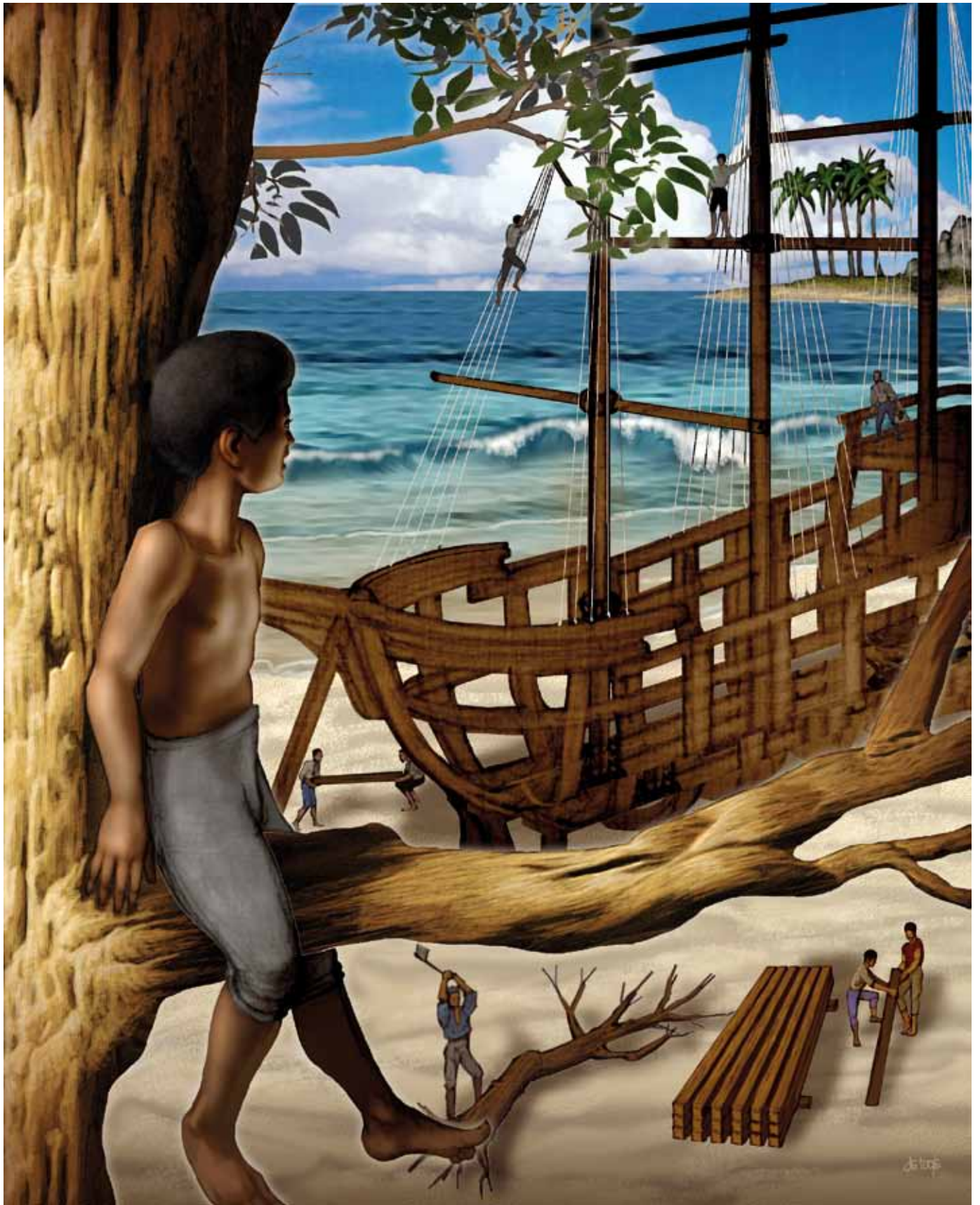
## *Madera tintórea*

**L**a tinta para mi tarea de caligrafía no brilla sobre el papel. Tampoco es de color negro intenso, ni seca rápido como la que usan los niños ingleses en la escuela de Belice. La tinta de palo de Campeche con la que trazo vocales y consonantes tiene un oscuro color púrpura y un sereno acabado mate. Una vez que seca sobre el pliego de papel, nunca envejece ni se borra. Con palo de Campeche hago tinta para mis plumas de escribir, es el árbol más buscado por los taladores ingleses cuando secretamente cruzan el Río Hondo para cortar madera. Los ingleses le llaman *bloodwood*, palo sanguíneo, porque es rojo por dentro. Los indios de mi aldea le nombran *ek*, palo negro, porque sin corteza el tronco se oxida con el aire.

La tintura que el palo de Campeche produce es tan concentrada que se ve oscura, parece brea para calafatear barcos. Pero el originario color negro, el color que según mi *Catón cristiano* existía desde antes de que Dios creara el mundo, aparece únicamente cuando se mezcla el extracto de la madera con hierro. Los mejores árboles de la madera de tinta crecen más allá de la Laguna de Bacalar, bajo una bóveda azul, donde una vez apareció un jaguar azul.

Comprar una barra de tinta china para la tarea de caligrafía es más sencillo que sacar el extracto tintóreo de las astillas del árbol de Campeche. La tinta china es una piedra de color oscuro que se lija con una escofina de piel de mantarraya o con una cola seca de diablo de mar. Basta agregar agua al polvo desprendido de la piedra, y cuidar que la tinta resultante no quede ni espesa, ni aguada. Desde que estamos en guerra, desde que el cura Miguel Hidalgo y Costilla nos declaró Nueva Nación, muchas mercancías escasean. Ya no es fácil conseguir barras de tinta china ni pliegos de papel florete en el muelle de Campeche, ni en los comercios de Mérida.





## Caoba y madera dura

El mulato García sabe encontrar los más robustos árboles de caoba en los senderos de la selva. El graznido del cuervo charlatán, un escandaloso pajarraco que únicamente elige grandes caobos para hacer su nido, lo guían irremediabilmente al pie de esos árboles. García ha visto árboles con un tronco tan grande que es necesario dinamitarlos para dividirlos en trozas. Vino a Bacalar después de huir de los campamentos de taladores en Belice. Dice que los capataces ingleses hacen trabajar demasiado. Derriban lo mismo caobas que árboles de tinte, los cortan en trozos que puedan ser arrastrados por mulas hasta el río, allí la corriente conduce la madera hasta los embarcaderos. Casi toda la madera se vende a los barcos que vienen de la isla de Jamaica, de Cuba o de Puerto Rico.

El mulato García navega con *El Matancero* porque también sabe en qué caletas están los mejores bancos de sal. En la aldea corre el rumor de que el mulato García conoce más del mar que de caobas y de palos de tinte porque es hijo de un viejo pirata que vive solitario y enfermo en Isla Mujeres.

Con la caoba puedes hacer las puertas y los armarios que ahora están bajo los escombros de la Antigua Guatemala, la ciudad que el terremoto destruyó y que fue inundada, al mismo tiempo, con el lodo de los volcanes que la rodean. Con caoba se fabrican las mesas y escritorios de las casas señoriales de Mérida y Campeche, así como las camas y sillas que los barcos llevan para el puerto de Veracruz. Pero la caoba no sirve para fabricar barcos.

De los resistentes troncos de jabín, los indios de mi aldea hacen canoas de una sola pieza. Y en los astilleros de Campeche, el casco de los barcos se fabrica únicamente con tablones de jabín. Es la madera más dura que conozco. En las carpinterías quiebra la punta de los clavos y en la selva, cuando la sequía o los rayos desatan un incendio, el jabín es el último árbol en quemarse.





# *El jaguar azul*

Con su hijo tullido a cuestas, un vecino de mi aldea peregrinó a Izamal, allá donde está el santuario de la virgen. Su único hijo tenía las piernas como dos hilachos, no podía caminar y así fue desde que nació. En la capilla de la virgen de Izamal rezó tantos días hasta que el humo de las velas y el encierro de la capilla se tornaron insoportables. Regresó con su hijo sobre la espalda, resignado con su infortunio.

Poco después de salir de Izamal el joven pidió a su padre que lo bajara, que lo dejara a la vera del camino, que lo abandonara ahí para que los jaguares lo devoraran porque la vida que llevaba no era vida. Todo era mortificación, todo era sufrimiento. El vecino de mi aldea sintió sobre la nuca las lágrimas de su hijo. Lo bajó al suelo y lo abrazó con fuerza, luego lo abandonó en aquella selva, bajo una bóveda azul. Apenas había caminado un corto trecho cuando escuchó el rugido de un jaguar. Volvió la mirada y vio venir a su hijo corriendo. Y tras él, un descomunal jaguar malaquita. Un increíble jaguar azul. Era el cielo hecho piedra.

Cuando el muchacho se arrojó a los brazos de su padre, el feroz rugido se apagó, se convirtió brevemente en trinos de aves y el felino se evaporó en la luminosa mañana azul.

Padre e hijo regresaron a Izamal y ahí hicieron público el suceso. Los incrédulos preguntaron una y otra vez por el jaguar azul. Fue cuando el cura de Izamal contó que en los tiempos de la evangelización los primeros frailes franciscanos deambulaban en la selva con hábito azul. La tradicional túnica café oscura franciscana debió sustituirse porque en la región era imposible conseguir la tintura con que se teñían los hábitos de los religiosos. En cambio, abundaba el añil. La necesidad les hizo teñir sus ropas con el colorante local, trocando de este modo el color café de sus ropas por el azul del añil. Y así, enfundados en hábitos azuritas, los franciscanos evangelizaron la provincia, de Tabasco a Guatemala. Y si hubo un tiempo en que los

franciscanos revestidos de su luciente hábito azul peregrinaron por la selva, como apariciones celestes, ¿qué impedía que la milagrosa señora de Izamal –preguntó el cura– no tomara la forma de jaguar malaquita?

Eso sucedió en 1810. Para mi aldea fue el año del jaguar azul. Después vino el año de la langosta que dejó sin maíz a la provincia, el del huracán que derribó ceibos gigantes, el de la enfermedad de fuego que mató a muchas personas de la región, el de la peregrinación del obispo y, el año que más recuerdo, el de las grandes lluvias.



## *Vestigio del diluvio*

**A**ntes de entrar a mar abierto, untamos el casco del barco con aceite de zarzaparrilla y azufre. Esa mezcla ayuda a que la nave, impulsada por un buen viento, se deslice sobre el agua. El patrón del barco, en su oración del viajero salvo, pidió una travesía sin contratiempos a la virgen de Izamal. Después, emprendimos nuestro derrotero sobre un mar apacible. Pero al otro día el horizonte marítimo estuvo nublado. Sopló un viento frío, vimos una manada de tiburones persiguiendo diablos de mar y más allá la lluvia.

Mi estómago de nuevo, volví a morder el ancla y al rato escuché decir al padre Pérez:

—El mar es vestigio del diluvio.

Y luego la lluvia alcanzó la cubierta de *El Matancero*, el único barco que transporta al padre Pérez por las aldeas desperdigadas en las islas y la costa. El padre bautiza y celebra bodas en las comunidades más apartadas de la Región de los Confines. Desde mi posición de muerde-ancla en la cubierta, miré la cabellera blanca del padre Pérez agitarse con la voluntad del viento. Escuché las órdenes del patrón de la nave y la prisa de los marinos para bajar las velas.

Entre más fuerte mordía la punta oxidada del hierro, el mal de mar se me olvidaba. Así permanecí hasta que mis quijadas se entumieron y los tripulantes se olvidaron de mi presencia en cubierta. El cielo oscureció más, las olas se elevaron con fuerza. Agua abajo, agua arriba. La tormenta se derramó sobre nosotros y los relámpagos venían directos a *El Matancero*. El mar era ya un oscuro mármol líquido que embestía con odio el duro jabín de la proa forrada con lámina de cobre. Un mar que ríe también es rencoroso. Navegar en una tormenta es sobrevivir bajo los despiadados golpes del agua.

La lejanísima silueta de la costa, la espuma que hace el mar al estrellarse contra cayos y arrecifes, la muerta vegetación marina flotando en las ondulaciones de las olas, las aves y sus graznidos, el color del fondo del agua, todo esto, por lo que te guías para navegar, desaparece. El mar se queda sin cara, sin facciones, y ya no lo puedes reconocer. Bajo una tormenta, barlovento y sotavento, proa y popa, arriba y abajo, no se quedan en su lugar. Y nuestras ropas de lino y las lonas de la vela replegadas sobre el mástil son manantial. En medio de ese desorden mi boca soltó el ancla y el mal de mar fue diluvio.

Las grandes tortugas en las islas, los tiburones en el arrecife y los cangrejos morados sobre la arena blanca vuelven a aparecer en mayor número después del diluvio. Seguro que los jureles, pámpanos, robalos y boquinetes, los peces que abundan después de las tormentas en la bahía de Chetumal, son hijos del diluvio. Y nosotros, que hacemos nuestras pesquerías con todos ellos, ¿hijos de quién somos? El padre Pérez tiene razón. El mar, todos los mares, la suma de todos los océanos son vestigio del diluvio. Pero el padre Pérez tiene que saber que el diluvio no ha terminado, porque a veces nos persigue en alta mar.





## *Pluma de ave y pluma metálica*

**A**prendí a escribir con el método caligráfico de Palomares y a deletrear con los manuales de Navarro. Uno dice que debes copiar muchas veces las letras del alfabeto para memorizarlas. El otro argumenta que es mejor asociar una letra con otra, esto es, deletrear en sílabas. Creo que ambos autores tienen razón porque memoricé las letras de tanto dibujarlas en una pizarra de arena, sobre el suelo, y luego encontré el secreto de la formación de las palabras al asociar las letras en sílabas. Para aprender a leer se necesita memoria y constancia. Para escribir con pluma de ave, se necesita habilidad y paciencia. Pasar de la pizarra de arena a la tinta y papel es dejar de ser niño.

La primera pluma de acero que trajo mi padre de Belice, la compró en el almacén que está frente al colegio de jesuitas. Después escuché hablar de las plumas de latón, más ligeras. Se consiguen en las grandes casas comerciales de La Habana y Nueva Orleans. En el puerto de Veracruz he visto unos manguillos de carrizo. Pero ninguna de las tres plumas de escribir, ni la de acero ni la de latón ni la de carrizo, poseen la ligereza de la pluma de ave.

Antes de que mi caligrafía se entendiera, gasté frascos enteros de tinta que yo mismo preparé con astillas de árbol de Campeche, quebré docenas de plumas de cuervo charlatán –mis preferidas– y desperdiqué pliegos completos de papel de segunda. Y cuando mi padre me prestó su pluma metálica y me regaló media docena de pliegos de papel florete, entendí que mi escritura tenía suficiente claridad.



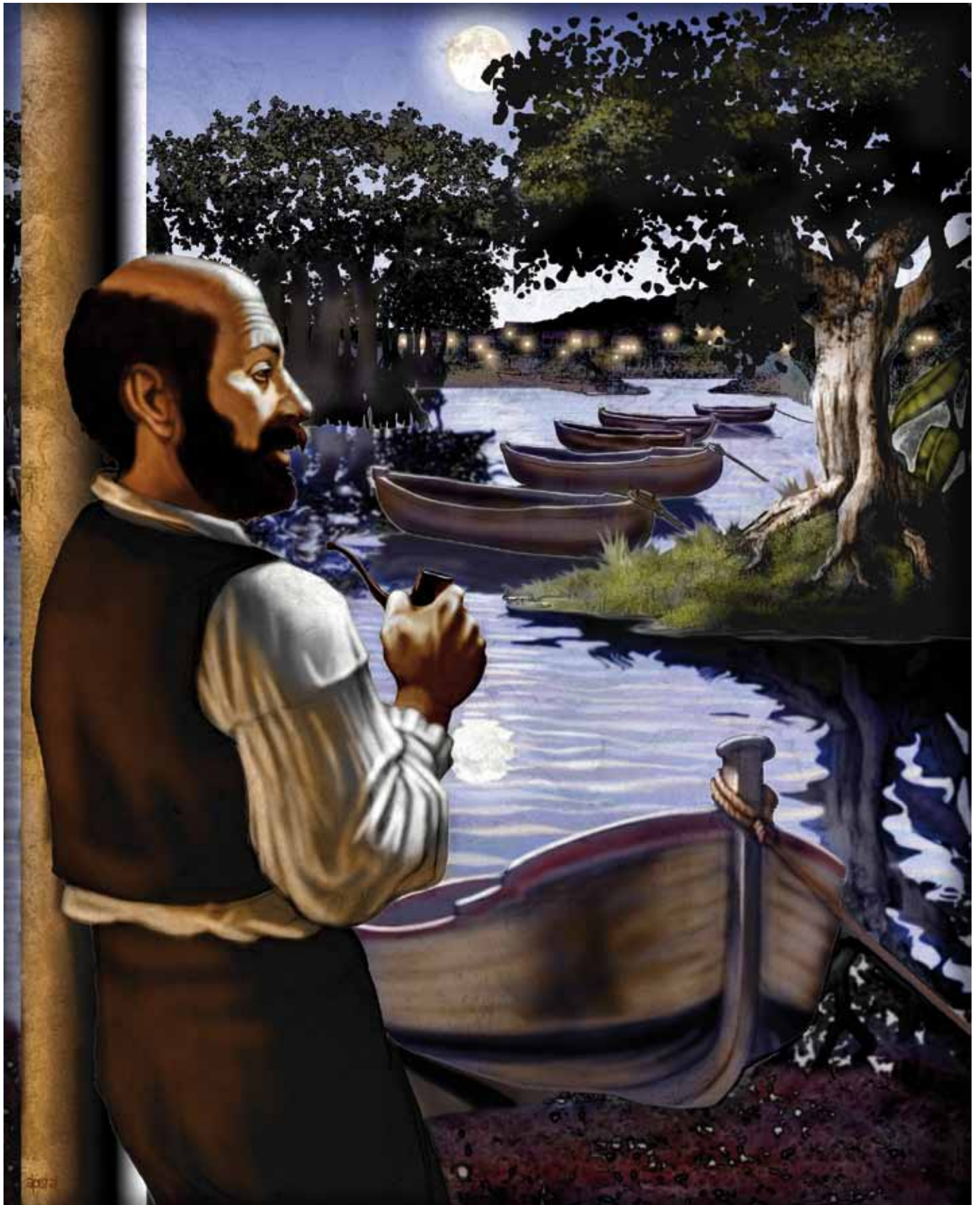
# Bacalar

Los días tienen forma de un largo suspiro de agua. Estamos rodeados de esteros y lagunas, de cavernas de agua con sus ríos subterráneos, del mar vecino con sus bahías, del agua en el aire. Aquí la humedad tiene su patria. Los viajeros y sus mulas siempre se detienen en la orilla de la laguna. Cuelgan sus hamacas a la sombra de los ceibos y tendidos sobre ellas esperan las últimas horas de la tarde. Se bañan, dormitan, cuentan monos. En lo alto de las ramas juegan los monos. El lunes comí carne de mono adobada en pimienta de Tabasco. El martes, carne de cocodrilo reposada en vinagre. No hay otra manera de comer cocodrilo, corres el riesgo de que esa misma noche mueras de asfixia durmiendo si no maceras en vinagre la carne. Dicen que sueñas profundidades cenagosas y constelaciones de musgo verde donde no hay aire para respirar.

Para venir de Mérida, los viajeros caminan durante diecinueve días. Recorren húmedos senderos bajo árboles de copal y de hule, de cedros y ceibos. En El Cedral debes atravesar pantanos que en tiempos de lluvia están repletos de caimanes. Es mejor emprender el viaje en la temporada de sequía, de otro modo, el lodo hace muy penoso el andar y los cocodrilos pueden tragar de un solo mordisco a cualquiera de tus mulas. En la temporada de lluvias los sapos se confunden con las piedras. Días y días las nubes se vacían sobre los techos de palma. Y sobre los oídos, el croar de las piedras-sapo. Es cuando encerrados en nuestra casa hacemos zapatos. De la piel de venado se calzan los pies de quienes usan zapatos.

En Bacalar los solitarios pueden tener un manatí como mascota, los solterones y las viudas consiguen fácilmente un loro parlante o un mono saraquato, y hasta el más humilde de los aldeanos tiene hermosas cajitas de nácar y aliña su pelo con peine de carey. Todo el tiempo el mar vecino de la laguna ventea sobre la aldea y los olores de la fruta madura se meten bajo tu nariz. Tanto como los mosquitos, abundan la miel y la cera. Apenas te internas en





la selva y ya tus ojos tropiezan con panales de abejas que no pican. Toda la miel y la cera que quieras, la puedes tomar de los panales. Los ancianos dicen que el café que no se endulza con miel no es café. Los niños sabemos que la horchata de pepita de melón, sin miel, sabe a lodo de estero. De noche mi abuela alumbró su insomnio con la cera. Los viajeros encienden sus linternas alimentadas con aceite de zarzaparrilla. Para la mayoría de la gente en Bacalar, la luna duplicada en la superficie de la laguna es luz suficiente. Los cocuyos aparecen y desaparecen, son otras linternas que repiten el titilar de las estrellas.

Dormir con la lluvia y con el arrullo del vaivén de la hamaca tiene sus pequeños secretos. Como los tiene el modo de torcer henequén para hacer cordeles resistentes o el de encontrar venados en la selva por la dirección en que los animales quiebran el follaje.

No me asustan la noche ni los relámpagos. No le temo a la oscuridad de la selva y tampoco me amedrentan los enanos de barro que escondemos bajo la tierra para que vigilen la siembra de maíz. Pero a tres cosas les tengo miedo. A una cruz que habla, tiene voz como tú y como yo, y aparece en mis sueños. A la lluvia cuando se convierte en diluvio y luego en huracán. Al ceño de mi padre cuando algunas tardes mira largo rato el horizonte.



## *El preceptor y las beatas*

**E**l portugués Labrada es el maestro de la escuela. Nunca sale de la aldea. Desde que recuerdo, siempre lo he visto aquí. Dice que en su juventud fue preceptor de escuela en Panamá. Y lo debió ser, porque además de enseñarnos caligrafía nos enseñó a tejer sombreros de palma, tan finos y níveos como los de Panamá.

Las beatas del pueblo tienen una queja cada vez que el padre Pérez viene por aquí. Ellas acusan al preceptor:

—Cuando nadie está en la escuela, el portugués Labrada se bebe el agua de ron que los niños llevan para reblandecer las plumas.

En realidad, cuando la escuela queda solitaria, el portugués escribe con su mejor caligrafía versos de su lejana Lisboa.



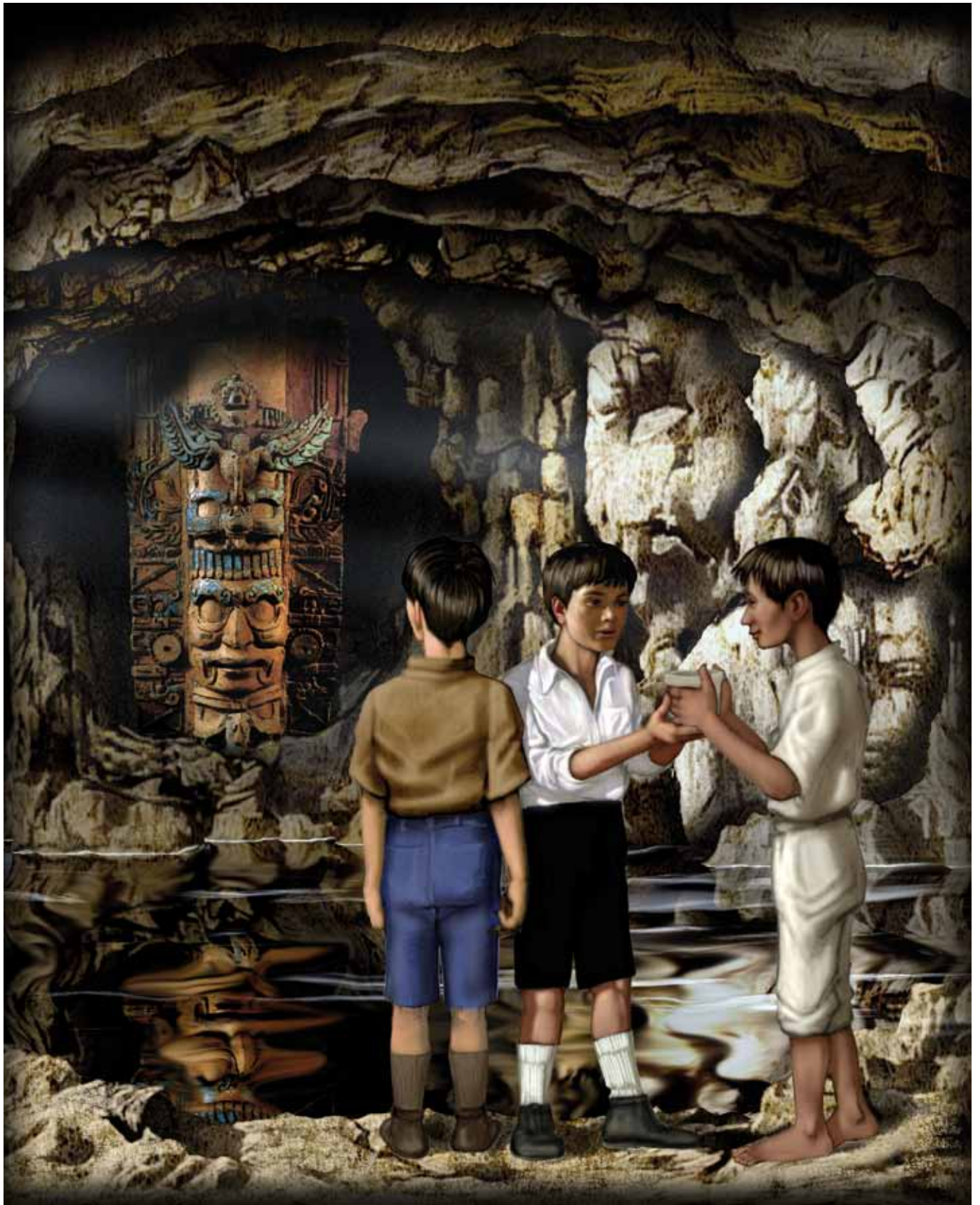
## Mal sueño

**M**i padre recuerda con amargura el día que me encontró tirado en la selva, cerca del Cenote Azul. Fue cuando otros niños de mi aldea me llevaron a leer la caligrafía de los antiguos, una escritura oscura, ilegible y de significado secreto que está a la vista en decenas de sitios de la selva, en lugares abandonados que en otros tiempos fueron grandes ciudades.

Avisaron a mi padre que *El Matancero*, su barco, había regresado y que estaba anclado en la boca del Río Hondo. Mientras mi padre viajó para arreglar sus asuntos con el patrón de la nave, yo me quedé en la orilla de la laguna con los otros niños de la escuela. Nadamos hasta los islotes y después uno de los niños me preguntó si quería ver la escritura de los abuelos. Fuimos cerca de una caverna de agua a mitad de la selva y bajamos a una oquedad disimulada por la vegetación. Bajo la tierra, caminamos algunos metros hasta llegar frente a una gran máscara de piedra. Tenía miedo, pero no podía demostrarlo. Proseguí el juego. Bebí el delgado y rojizo líquido que me dieron, una especie de licor de los antepasados, y reconocí de inmediato el sabor, era tinta de palo de Campeche, sólo que muy delgada y caliente, como un té.

Después que bebí el líquido, todo cambió. Aquello dejó de ser un juego y me convertí en viento. Sí, me convertí en viento. Porque las astillas del palo de Campeche no sólo sirven para la fabricación de colorantes, son también la fuente de una sustancia que transforma la manera de ver las cosas. La sustancia se llama hematoxilina y el palo de Campeche tiene una gran concentración de ésta. Mientras permanecí con la vista fija en la escritura antigua que estaba bajo la gran máscara de piedra, una tormenta de relámpagos me asustó, y para escapar me convertí en viento.

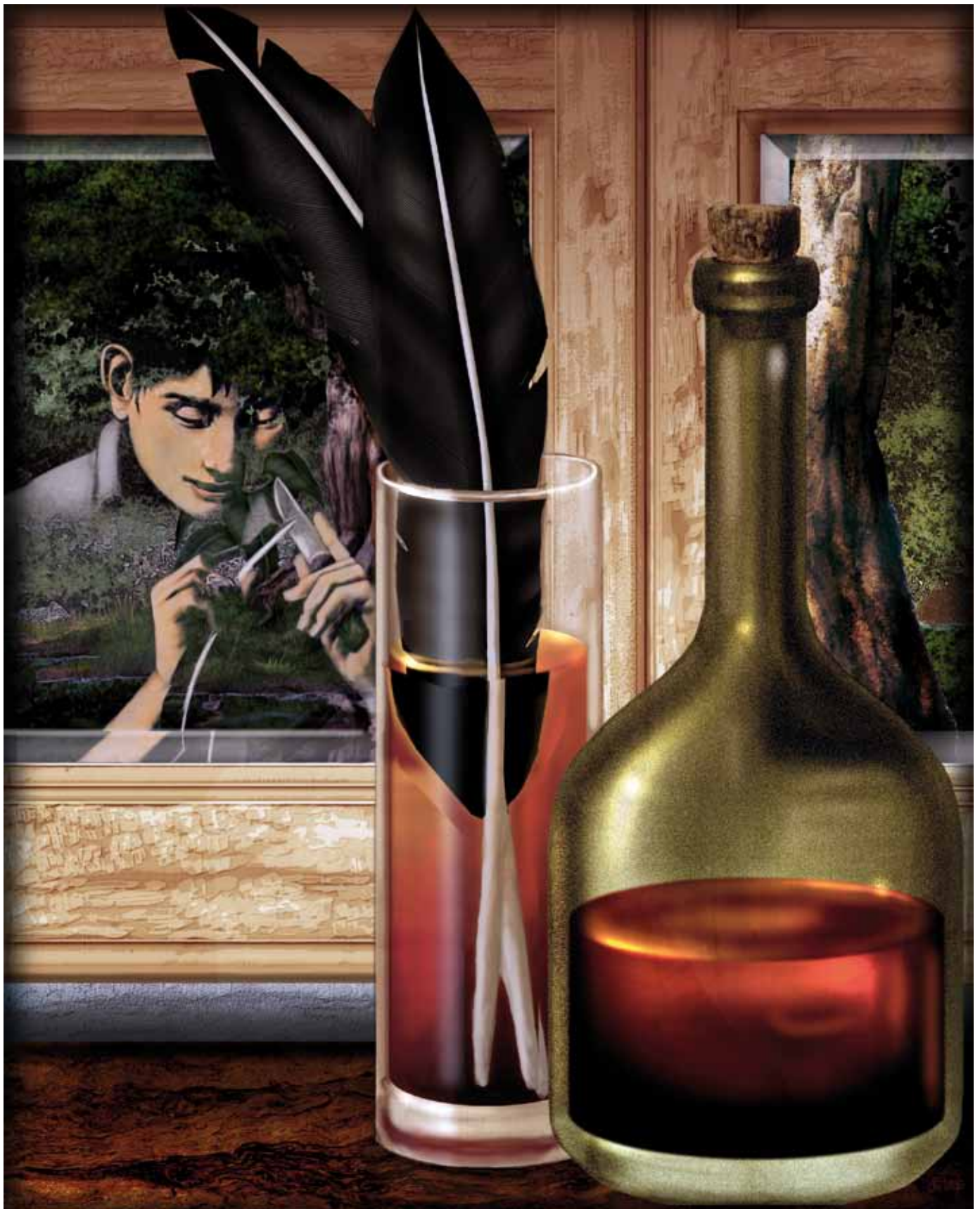
Remonté por lo alto. Y cuando encontré placidez en mi nuevo cuerpo, etéreo pero poderoso, otro viento me empujó sobre la Laguna de Bacalar.



Allí miré una larga lengua de arena gris. Una mujer solitaria estaba en el lugar. Como flor de fuego, la cabellera pelirroja de la mujer era una llama flotando en el viento de aquel desierto. Sus ojos de color miel miraban con tristeza un paraíso talado. En donde antes estaba una gran selva de caobas, cedros y ceibas, había piedras grises. Y en lugar de la infinita variedad de los cantos de las aves, se escuchaba un monótono aullido de viento chocando contra las piedras quemadas.

En mi mal sueño yo era viento y flotaba por un Bacalar calcinado, donde ya no existían árboles de palo de Campeche para llenar mis frascos de tinta, ya no había cuervos charlatanes en la copa de las caobas para hurtarles una pluma del ala derecha, en realidad, ya no había selva, animales, gente o casas donde antes los hubo. En el espejo de lo mirado me reflejé, y yo también era nada. Cuando mi padre me encontró a mitad de la selva abrí los ojos y supe que mi mal sueño había terminado, y yo ya no era viento.





# Pluma de cuervo charlatán

**P**reparar una pluma de ave para escribir es sencillo, siempre que no tomes al pie de la letra las instrucciones del *Manual de caligrafía*. Los manuales dicen que las mejores plumas de ave para escribir son las de ganso. Pero en mi aldea no hay gansos, así que a veces debes sustituir o modificar para salir de apuros. Preparar una pluma para escribir comienza con la elección de un loro escarlata, un tucán, un faisán, un pavo de monte o cualquier otra ave de regular tamaño que se deje atrapar.

De todas las aves de la selva y de las islas, prefiero las plumas del cuervo charlatán. Es un escandaloso y astuto pajarraco que vive por temporadas en las ramas altas de los árboles de caoba. Al cuervo charlatán se le desprenden con facilidad las plumas, especialmente cuando en el atardecer riñe con otros cuervos. No tienes que trepar al árbol gigante de la caoba, encuentras sus plumas esparcidas en el suelo de los caobales.

Las plumas deben ser gruesas y redondas para que se sostengan sin dificultad entre los dedos. Deben ser moderadamente rígidas y de color claro. Las duras y llenas de manchas son plumas viejas, casi siempre se astillan durante el tajo. Y deben provenir del ala derecha del ave para que al escribir la pluma se incline sobre el dorso de la mano. Las plumas se maceran un día y una noche dentro de un recipiente lleno de ron, ligeramente rebajado con agua. Las de cuervo charlatán se deben remojar en ron sin agua por dos días. Cuando se ablandan, cada pluma se enjuaga con agua de la laguna, se secan con un trozo de tela de algodón y se raspan con el lomo de un cuchillo. Después se hace el corte y se limpia el diminuto túnel del centro de la pluma que retiene la tinta.

El corte, o el tajo como decimos, no debe ser ni muy grueso ni muy delgado. Si es muy delgado, la pluma dibujará letras anémicas. Si el corte es muy grueso, la proporción de la letra será semejante y no logrará reproducir los trazos sutiles y medianos que dan belleza a la caligrafía. El tajo correcto



sobre el extremo de la pluma de cuervo charlatán requiere de varios ensayos, es el paso previo para lograr una bella caligrafía. Se desperdician muchas plumas antes de aprender a hacer el tajo perfecto por donde fluye la tinta para la escritura. ¡Ay!, ¿quién tuviera una moderna pluma de latón?, de las que venden en La Habana.



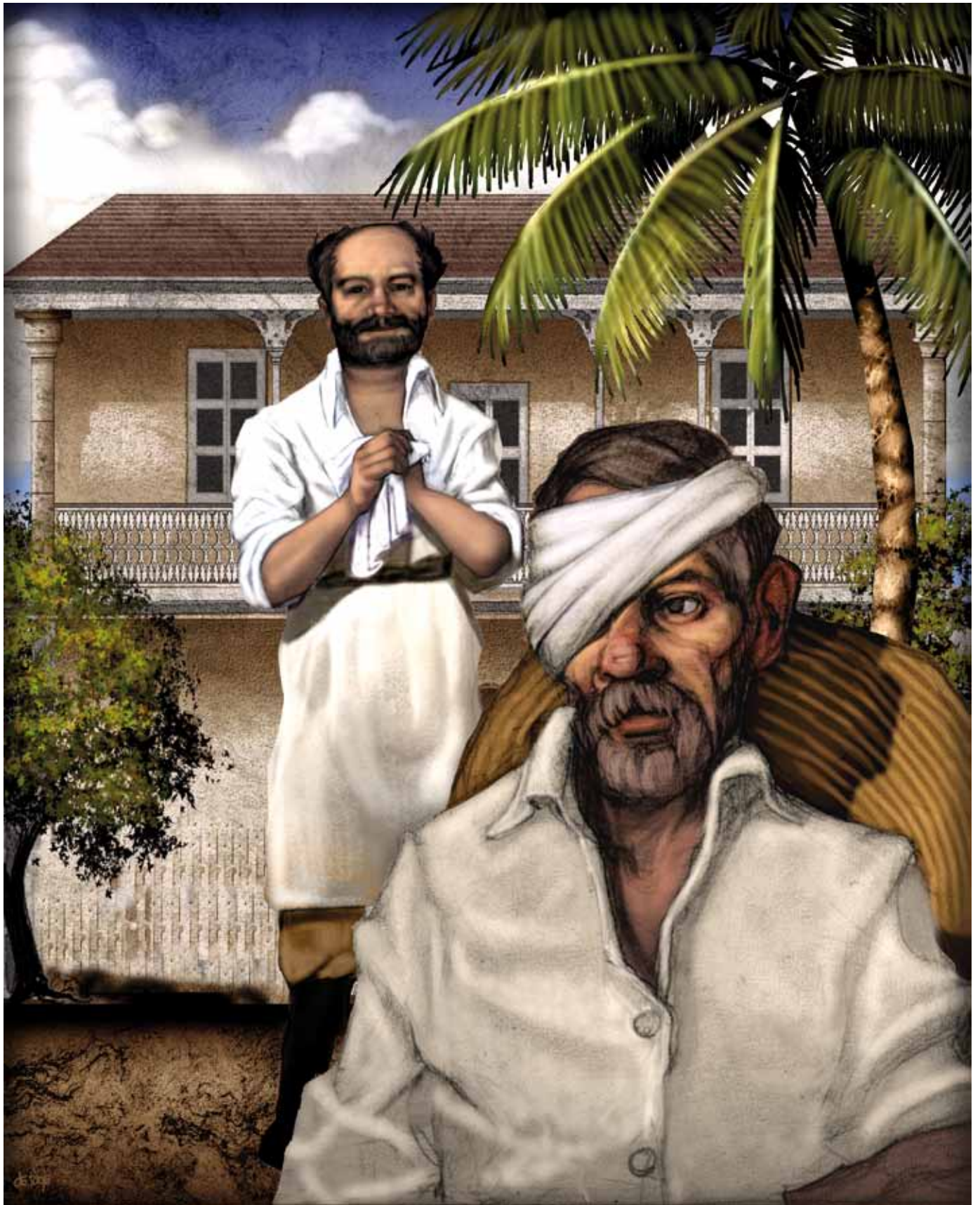
## *Ojos de vidrio por docena*

**L**a Escuela Náutica está en Campeche y mi padre quiere que estudie allá. Dice que es mejor ganarse la vida como práctico marino que como comerciante. Mi padre tiene una bodega grande con mercancías y pasa mucho tiempo recorriendo las aldeas y los campamentos de taladores ingleses. No le he dicho a mi padre, pero yo quiero ir a la universidad de la Nueva Guatemala y ser botánico como el explorador Macías.

Macías murió de tuberculosis en Campeche, fue un hombre famoso después de que fundó el Museo de Historia Natural en la ciudad de México. Aunque muchos lo conocen por el diario que escribió durante su viaje de exploración por las Californias. En mi aldea se le recuerda más por las cirugías que practicó a los bizcos que como botánico del Rey enviado a México en misión científica. Pasó sus últimos años en Guatemala y aquí, en Bacalar.

Una caja llena de ojos de vidrio estuvo arrinconada mucho tiempo en el cuarto más oscuro de la casa. Varias veces mi madre intentó deshacerse de ellos porque no soportaba ver tantas esferas oculares juntas. Estaban tan bien pintados y miraban tan fijamente que si por equivocación abrías la caja, un grito te subía desde el estómago. Macías usaba esos ojos para los trabajos de disección en su gabinete de historia natural: un jaguar, un venado o un cocodrilo no podían ser enviados al Museo de Historia Natural de México, ya disecados, sin un par de ojos de vidrio.

Junto con una colección de conchas, recogidas a lo largo de la vida de Macías, con un voluminoso cuaderno de notas acerca de las orquídeas en la provincia de Chiapa y Guatemala, y con una extraña ágata que encontró en la Alta California, el cajón de ojos de vidrio llegó a nuestra casa. Fue la herencia de Macías. He pedido que me dejen conservar las docenas de ojos. Acaso todos esos globos de vidrio sin cuencas fueron el anhelo del botánico



del Rey por conocer todo lo que encontró en Bacalar, por ordenar las plantas, los animales, las semillas y las piedras de esta parte del mundo.

Por ahora la herencia del difunto ha quedado así: el ágata traída de un islote de la Alta California la uso yo, con ella lustro los pliegos de papel antes de escribir mis tareas de caligrafía. Los apuntes y dibujos de trescientas clases de orquídeas son para mi padre, esas notas las reviso una y otra vez porque la caligrafía impecable de Macías me dice cuál es la verdadera proporción y ligado entre cada vocal y consonante. La extensa colección de conchas se le quedó al mulato García. El cajón con las docenas de ojos de vidrio sigue en litigio entre mi madre, que quiere regalarlos, y yo, que deseo conservarlos.

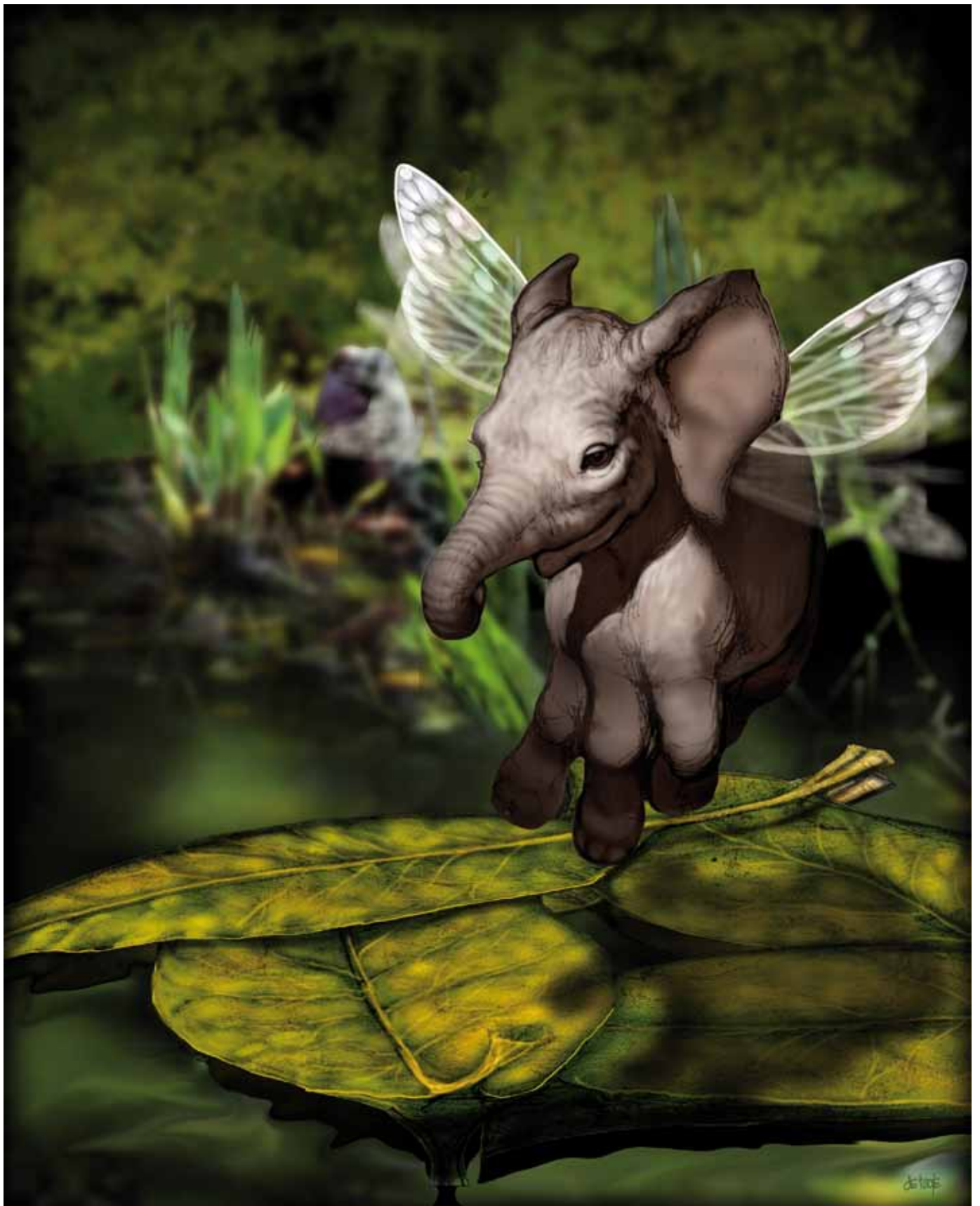


## *El mosco y el elefante*

**L**as cartillas de leer, los catones y los catecismos son cada vez más pequeños. El papel sigue escaso. Antes los libros de lectura se imprimían en tamaño octavo, pero desde la guerra de don Miguel Hidalgo, las cartillas de leer, los catones cristianos, los catecismos y hasta las *Fábulas* de Samaniego se imprimen en doceavo. Los propios decretos y documentos oficiales se elaboran en papel más pequeño. El papel florete, de primera, es un lujo. Hasta el de estraza, escasea. ¿De qué sirve la libertad de imprenta sin papel? En Veracruz dicen que harán papel con hojas de plátano y en el altiplano, con maguey.

No me gusta leer en voz alta. Pero en mi *Cartilla de leer* debemos repetir las lecciones. De las *Fábulas* de Samaniego me asombra la historia del ingenuo que mató a su gallina de oro y la del torpe perro que perdió su torta en el reflejo del agua, la historia del zorro que no alcanzó las uvas y la de la tortuga que se descalabró por querer volar. Del *Catón cristiano* me sé todas las lecciones. Pero hay una pregunta que no me abandona: ¿por qué siendo el elefante tan grande –le cuestionaron unos niños romanos a San Bernabé–, Dios le dio cuatro patas, y al mosquito, tan pequeño, le dio seis patas y seis alas?

Nunca he visto una imagen de San Bernabé y tampoco soy un niño romano. Pero a ese santo me gustaría hacerle otras tantas preguntas sobre el secreto y el orden de los animales y las plantas: ¿por qué las flores blancas de los lirios de pantano nunca tienen mácula de lodo aunque el viento las incline sobre el fango?, ¿por qué algunos escarabajos entre más se revuelven en el estiércol del ganado más limpios y brillantes parecen?; ¿por qué la fragancia del clavel o la rosa no está en el tallo ni en las hojas y por qué algunas cortezas tienen un olor que aturde, pero sus flores carecen de todo aroma?; ¿por qué las aves que se quedan dormidas en las ramas no se caen del árbol?; ¿por qué los hongos, tan pequeños, tienen raíces tan largas?



## Martino mareado

Los latigazos del viento que quieren romper las velas y los golpes sonoros de agua bajo la proa del barco avisan cuando estás en alta mar. El estómago también avisa, los espasmos que vacían tu vientre son el saludo para los que navegan por primera vez.

Conozco tres maneras de evitar el mal de mar. La más efectiva es pincharse la lengua con una antena de araña gigante. La antena es una especie de palillo de unas dos pulgadas de color negro azulado, con una superficie vidriosa. La mayoría de las personas en mi aldea utilizan las antenas de araña para calmar el dolor de muelas, pinchando las encías. El segundo remedio tiene que ver con los caracoles que se parecen al ombligo humano. Los caracoles-ombligo abundan cerca de orquídeas aéreas. El rocío que esos caracoles destilan, bebido por el viajero enfermo, corta de golpe el mal de mar. El mulato García me enseñó el tercer remedio. Los espasmos del vientre se aquietan si muerdes la punta de un ancla, entre más vieja y oxidada mejor. Sobre la cubierta de *El Matancero* siempre hay una.

—Martino, si no quieres morir entre tu vómito, ¡muerde con fuerza!

Es la voz del mulato García. Y mi lengua se resiste al áspero contacto del hierro corroído y al sabor a sal y óxido. Pero allí estoy yo, el más pequeño hijo de mi padre, a mitad de la cubierta, como pez moribundo, atado a una ancla mientras los marinos disimulan sus risas.



# Lección de caligrafía



La caligrafía es el arte de escribir con letra hermosa. La letra hermosa se compone de la combinación de *líneas rectas, curvas y mixtas*. Una línea es una sucesión de puntos. Si los puntos están colocados en una misma dirección es una línea recta. Si cambian constantemente de dirección es una línea curva. La línea mixta se compone de recta y curva. En caligrafía se llama *trazos* a las líneas con que se forman las letras.

Los principales trazos son tres. *Trazo sutil*, que es el que da la pluma con lo más delgado de su corte. *Trazo mediano*, que es el que da la pluma forzándolo un poco más. *Trazo fuerte*, que es el que da la pluma con todo su lleno (como en las vueltas de *m*). De la unión de estos tres trazos resultan todas las letras.

Los trazos avanzados son una docena, y al principio son complicados. El trazo *magistral*, por ejemplo, es de donde nacen la mayor parte de las letras, y resulta de la combinación del sutil con el mediano en las mayúsculas (como el primer trazo de *p*). Lo mismo sucede con *n* mayúscula, que tiene dos trazos avanzados, el trazo de *arranque derecho*, al inicio, y el trazo de *arranque reverso*, al final. El trazo de arranque derecho es el trazo sutil que tiene por la parte inferior un trazo curvo (primer trazo de *n*). El trazo de arranque reverso es el trazo sutil que tiene por la parte superior un trazo curvo (tercer trazo de la misma *n*).

Los adornos de las letras se llaman rasgos y son líneas que se agregan para dar belleza a la escritura (como el primer trazo de la *a*).

Ligado es el enlace de las letras entre sí, por medio del cual donde concluye una letra principia otra, sin levantar la pluma. No todas las letras pueden ligarse. Unas pueden ligarse y no ser ligadas (como la *d*). Otras pueden ser ligadas y no ligar (como la *s*). Y sólo unas cuantas pueden hacer



ambas cosas (como la *t*). Las letras tampoco deben ligarse en cualquier parte de ellas. La letra española y la letra inglesa admiten ligado, pero la letra gótica no se liga.

Un último consejo: nunca escribas sobre superficies porosas porque desfiguran las letras. Tu escritorio para caligrafía debe ser muy, pero muy liso.



## Letra española, letra inglesa

Camino a Cabo Catoche hay una isla donde anidan las tortugas que muerden. Por eso los ingleses le llaman Isla Loggerhead, isla de las tortugas mordedoras. Pero para los pescadores de mi aldea, las aves de aquella isla son más hostiles que las tortugas: atacan sorpresivamente con su pico cada vez que alguien acude al lugar para atrapar tortugas. Y así, a la misma ínsula, nosotros le llamamos Isla Pájaros y los de la colonia inglesa le llaman Isla de las Tortugas Mordedoras.

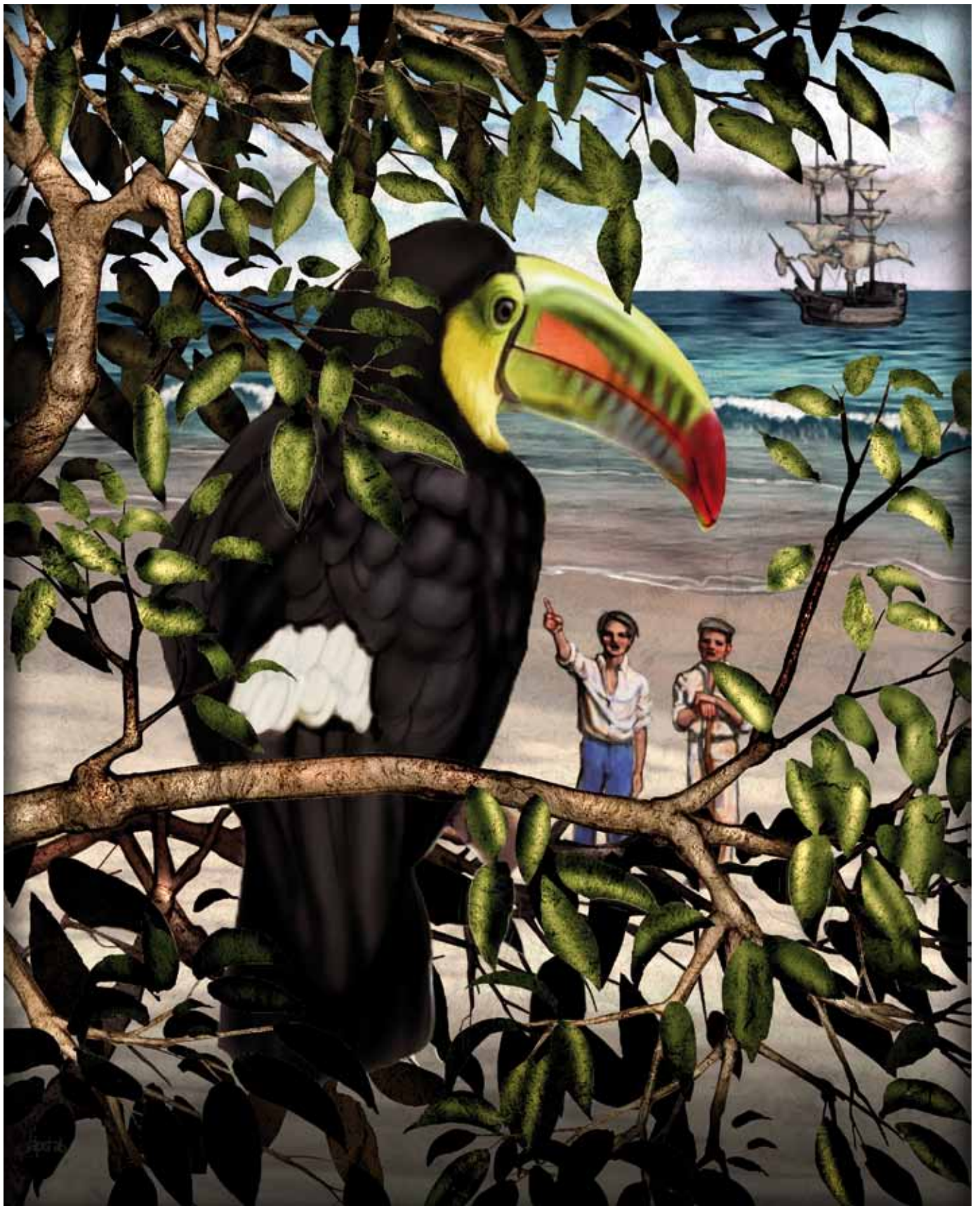
Sucede igual con Isla Arenas, una pequeña porción de tierra en el medio de la grandeza del mar, sin nada de interés para desembarcar en ella. Únicamente existe un solitario arbusto al centro de la isla, todo lo demás es arena fina y blanca como avena. Los ingleses le llaman, Isla de un Árbol. Y en mi aldea le llamamos, Isla Arenas.

Hay un tipo de camarón que los ingleses y nosotros solemos buscar en las rocas de los arrecifes. Ellos le nombran camarón casco de caballo, porque le encuentran parecido a esa figura. Nosotros le nombramos camarón de roca, porque los lugares donde abunda son, precisamente, los fondos rocosos.

Las iguanas que durante la temporada de lluvias se van, por el antiguo camino a Guatemala, al campamento de los ingleses, son las mismas que en la canícula regresan a Bacalar. Pero tienen dos nombres distintos: los ingleses les llaman lagartija-león, por el gran peine que lleva sobre la cabeza y que se eriza cuando perciben peligro. En mi aldea les decimos iguana naranja, porque de ese color son las rayas más vistosas de su cuerpo.

Los ingleses vieron que el pico del tucán era casi tan grande como el cuerpo de esa ave, por eso le nombraron *bill bird*, es decir, pájaro-pico.

Y si ellos y nosotros ponemos distinto nombre a un mismo lugar y a un mismo animal de la selva o del mar, no es extraño que también tengamos



caligrafía diferente. En la colonia inglesa los niños de la escuela trazan letra inglesa; en mi aldea, trazamos letra española.

En la caligrafía inglesa la inclinación de la letra es distinta de la caligrafía española, y para escribir una y otra la posición del papel cambia de ángulo. A la letra española, que se escribe con un movimiento uniforme, sin tener que volver ni dar mayor o menor presión a la pluma, se le da una inclinación de 28 grados. A la letra inglesa, en cambio, se le inclina de 35 a 38 grados.

La pluma de ave es mejor para el trazo de la letra española y gótica. En cambio la pluma metálica es preferible para la letra inglesa. Además, el papel para la letra inglesa debe colocarse inclinado hacia la izquierda, de manera que la esquina inferior esté frente al pecho.



## *Un tal Andrés Quintana Roo*

**C**uando te acercas por mar a la isla de Cuba y miras los racimos de esbeltas naves en su costa, vuelves a nacer. Entre la costa de Yucatán y la costa de Cuba, la corriente oceánica tiene un torrente de fuerza que desampara. Nuestro barco fue una semilla de pimienta flotando sobre el mar. Volví a nacer cuando llegué a La Habana. La isla tiene un aire familiar, sus calles están llenas de adoquines hechos de madera de jabín, pero aquí le llaman madera quiebra hacha. En el muelle encuentras muchos barcos que vienen del puerto de Campeche o de Sisal y en la ciudad hay todo un barrio de gente de Yucatán.

Llena de tantas novedades como de carretones con cajas de azúcar, La Habana es como me la describió papá: con mujeres negras cargando infantes blancos como la leche y con los lisos adoquines de las calles lisos por el ir y venir de hombres, bestias y carruajes.

Para empedrar las calles hay nuevas baldosas, traídas como lastre en las bodegas de los grandes barcos. Las baldosas de piedra sustituirán en las calles a los adoquines de madera de jabín. Pulidos por el trasiego del comercio, los adoquines de madera en las calles en La Habana son peligrosos porque después de la lluvia los transeúntes resbalan fácilmente. Bien se puede decir que adoquines de madera gastados era lo que esa isla desechaba cuando desembarcamos en el muelle de La Habana.

En el puerto, los terratenientes se quejan de las abundantes lluvias, los comerciantes discuten los precios del azúcar y algunos preguntan a mi padre sobre la guerra de Miguel Hidalgo y sus insurgentes en México. Doña Venancia Roo es quien más insiste, ella es de Mérida pero vive en La Habana, tiene un sobrino que anda con los insurgentes, un tal Andrés Quintana Roo. Pero de lo que más se conversa en los comercios es sobre las máquinas a vapor traídas de Inglaterra para los ingenios de fabricar azúcar. Se platica también del último crimen ocurrido en Cayo Perdición, un islote que en otro

tiempo sirvió para confinar esclavos rebeldes, de la cantidad de ladronzuelos que pululan por el muelle del puerto, de los milagrosos medicamentos que se consiguen en la farmacia del doctor Luis Le Riverand.

Y yo que acompaño por primera vez a mi padre en este viaje a Cuba, sólo quiero comprar una pluma de latón, pliegos de papel florete, frascos con tinta de colores, una nueva piedra ágata y una brújula.



*El jaguar azul* es un breve homenaje a la caligrafía de principios del siglo XIX; a las plumas de ave, de latón y de madera para escritura; a los papeles y tintas que los niños yucatecos de la frontera México-Belice usaron en las rústicas escuelas de primeras letras, en la época de la guerra de Independencia de México (1810-1821).

Los relatos de *El jaguar azul* conducen por un extinto mundo de trazos caligráficos, de animales marinos y terrestres, de árboles y aves, de saberes y milagros, de individuos y paisajes que ya no existen más.

Martino es el niño narrador de *El jaguar azul*. Sus recuerdos de viajes y viajeros, de personajes y rumores de pueblo, de lecturas y tareas escolares, arrastran al lector de este libro a una imprecisa frontera entre ficción y realidad.



ISBN: 978-607-9017-00-2



9 786079 017002